

Ba-ga

Puñal negro clavado en el corazón de la tierra. Llama verde ondulante de cañaveral.

Los brazos de ebano, en cruz sobre el pecho. Fulgentes los ojos venosos de ira. El negro Domingo a la puerta de su mediaguaita fija la mirada en el penacho de nubes pardas que trenza en el azul la enhiesta chimenea centralina. Y muele en su alma atormentada, caña amarga de recuerdos, desesperanzas, desilusiones.

Le laten las sienas y el corazón. Un acre sabor metálico le inunda la boca. Contrae los abultados bellos y en rictus de desprecio escupe chorreante mascaúra.

Silva el cañaveral en flauta de guajanas su pena añeja. Y a través del tiempo, de la distancia, le parece escuchar la voz feble del difunto Simón: "Mi jijo, malo es sel probe y negro, nunca semos niños, se nos ñama negritos". Lleva en los ojos en asta de recuerdo angustioso la muerte del Simón sepultado bajo un mazo de cañas que se desprendió de la grúa.

Un nudo tirante como de coyunda le ahoga. Y por vez primera en su vida mansa de buey viejo siente el rencor crecerle en el pecho como mala yerba. Y a él, negro impassible, resistente como el ausubo, le entran ganas de llorar, no sabe si de tristeza o de rabia.

La tensa y filosa alambreada de la Central exótica fulge a los últimos claros del sol tramontano. Pelos metálicos que le cruzan el pecho haciéndole sangrar turbias añoranzas:

—En primero dueño, luego colono, después peón. ¿Y ahora?

La silueta ingente de la Central se recorta contra un horizonte en llamas rojas de crepúsculo.

Su áspero y tremolante pito sacude el silencio. El negro se estremece, vuelto a la realidad por la vibración que corre electrizante por los crispados nervios. Y desfilan ante sus ojos abismáticos, en sucesión tumultuosa, como las bocanadas de humo que arremolina la chimenea en el incendio de los cielos ilimites, las escenas dolorosas del día.

La cara perruna del nuevo mayordomo le obsede. Sus palabras crueles le gotean isócronamente, con resonancia inmisericorde el duro cráneo.

Al horadar el alba el pito de la Central, anunciando el comienzo de la zafra, Domingo amoló su machete y se encamino hacia el cruce de la colonia Los Caños. Un nuevo y fachendoso mayordomo llamaba con voz estentórea a los peones que iban a iniciar el corte.

—Rosendo Cora, Juan Bone, Isabel Cobé... Y tras el último nombre se hizo un silencio amargo, angustioso, infinito.

Los compadres sin atreverse a mirarle la cara, lentamente se fueron hundiendo en los vellosos graminales.

Suplicante se dirigió al embotado mayordomo:

—Dispense, blanco, ¿pero pa' este negro no hay trabajo?

—Lo siento pero tú estás viejo para trabajar, ya no rindes promedio.

—Mie, blanco, que tengo la mujel postrá con la malaria y un cuadro e familia que mantene.

—La Central no puede regalar los salarios; necesitamos gente de empuje.

—Blanco, deme manque sea un trabajito e pinche, que eh cosa e muchachos.

—No tengo más que discutir.

Clavó las plateadas espuelas en los ijares del rucío, que se alejó borbotando el cuajo por un recodo umbroso.

Domingo teclaba convulsamente la raída pava entre los nudosos dedos de capá prieto. Apretujó con fuerza el machete que destelló chispas al sol matinal.

Se sintió caña que cercena el machete. Los pies se le adherían pesados al rugoso camino. Las voces ululantes de los boyeros se pegaban al oído más lúgubres, más remotas que nunca. Un sudor frío bañaba las sienas y rodaba en diamantes hasta empaparle la azulosa camisa. Y se fue trastabillando, bamboleándose como un ebrio, hacia el reposo de la mediaguaita. Se cruzó con el mulato Morrabal y se clivó de saludarlo.

EL SOL

SO

Percatándose del descuido, le gritó con voz desfalleciente:

—Perdone, cabo, que iba como lelo...

Y sin saber cómo, llegó a la casita.

La Susana lo presintió todo. Y desde el camastro donde sudaba a chorros las calenturas, con voz temblorosa le consoló.

—No se apure, negro, que Dios no le falta a naide.

Domingo no contestó. La Susana estranguló entre las sucias mantas un sollozo. En la minúscula casita ahogada entre punzantes cañaverales seguía entrando con la noche el silencio.

Ahora estaba el negro Domingo a la puerta, cerniendo sombras y luces cárdenas de crepúsculo.

El sato sentado en los cuartos traseros, endereza la oreja y afila en la sombra un lúgubre y presagioso aullido.

El negro descuelga los brazos leñosos del pecho. Levanta el puño y se adentra en la mediaguüita mascullando:

—Perros blancos; ¡asesinos!

La noche es negra como el dolor. Los ojos insomnes sorben tinieblas. Sólo quiebra el silencio el silbido estridente de la locomotora y el radar monótono de los vagones. Las horas se detienen. Los pensamientos se alargan. Los párpados se hacen pesados. Se hunde en la sombra. Sueña:

El mayordomo se transforma en un perrazo blanco, que gruñe y le clava en las espaldas dos filosos colmillos. Quiere gritar, pero la voz no acude. Ahora el mayordomo se agiganta, empuña una larga garrocha y se la hunde en el pecho haciéndolo sangrar:

—Joiss, buey negro, tú estás viejo, tú no rindes promedio.

El negro suda, tiembla, jadea. En el infinito se suspende un enorme mazo de cañas que cuelga de un tentáculo de la grúa. Oscila en el espacio, Domingo lo sigue con los ojos expectantes, cruje el garfio de hierro, el mazo se precipita en el vacío. Una voz estrepitosa le estremece:

—Negro, te mata.

Se despierta atemorizado, tembloroso, convulso. El pito rotundo de la Central taladra el alba.

El negro busca a tientas la muda de ropa. Se da cuenta que

EL SOL



Abelardo Díaz Alfaro

(Al cubano José Luis Masso)

La lleva puesta. La Susana lo observa.

—Negro, no se vaya a dil sin el puya, que ayel no probó ni bocío.

—No tengo ganas, mujel.

Agarra el machete. La hoja templada y luciente vibra al roce de los dedos callosos.

—A onde va, negro?

—No sé, mujel. ¿Quién sabe?

Y desaparece por la estrecha puerta que se abre al claror de la mañana. En el camino se detiene indeciso.

—Sí, ¿dónde va?

Pasan unos peones.

—Buenos días, compay Domingo.

—Buenos.

Las voces cansinas se apagan. A lo lejos relampaguean las hojas de acero.

Nunca se había sentido tan solo. ¿Que será de la mujer y de los negritos? Pero tal vez mister Power, el administrador de la Central, le dé oportunidad. Abandona la idea. Ese rubio no sabe lo que es la jambre de un pobre. ¿Y en dónde le van a dar trabajo? No lo querrán por viejo, por pobre, por negro. Esa es la paga que recibe después de haber dejado su vida trunca en los cañaverales, para lucrar a los blancos. Ahora le lanzan al camino como perro sarnoso.

Una brisa leve roza los flecos marchitos del cañaveral. Y le llega otra vez la voz sibilante del difunto Simón.

El sol se alza esplendente y rutila en los plumones sedosos de las guajanas.

Reverberan de sol los caminos. El negro Domingo se acerca a la tiendita de Pancho. Sólo en días de fiesta la ha frecuentado. En ella derrochan los peones, en juego y bebida el exiguo jornal.

A veces el hombre tiene que beber. Y siente una sed extraña. Ganas de ahogar las malas ideas que le alucinan.

Pancho se adormila en la trastienda.

—Compay, deme un palo grande e mampulé.

Pancho se restriega los ojos con el dorso de la mano. No puede ocultar la sorpresa.

—Raro, compay, verlo por aquí. ¿No fué al trabajo?

Domingo no presta atención.

Pancho sirve el blanco y quemante líquido. El vaso tiembla en las manos de Domingo.

—Deme otro, compay.

Las horas se hacen lentas y pesadas como radar de carreta